

Etnología de la Península Ibérica.

Este es el título de una obra reciente (un vol. de XXIV + 711 páginas, con 542 figuras en el texto. Barcelona, 1932) publicada en catalán por el ilustre arqueólogo doctor don Pedro Bosch-Gimpera. No se intenta en ella un estudio completo de los pueblos peninsulares y de sus culturas, como pudiera parecer a primera vista. Verdad es que esto se logra en buena medida en el libro del señor Bosch-Gimpera. Pero su finalidad es más bien describir esquemáticamente el mosaico de pueblos que en diversas épocas ocuparon la península desde los tiempos más remotos hasta la dominación romana, señalando las características de cada uno y discutiendo los problemas que los hechos observados plantean a cada paso. Esta obra constituye, sin duda, la más grande y acabada síntesis que se ha ensayado hasta ahora en la etnología peninsular. En ella recoge el autor sus ideas vertidas en diversas publicaciones y desarrolla no pocas teorías sugeridas por los nuevos hechos. Los textos de los geógrafos antiguos, los datos de la Antropología y las enseñanzas de la Lingüística y, sobre todo, de la Arqueología, han sido admirablemente manipulados e instrumentados. Cada razonamiento, cada juicio tiene su apoyo en la numerosa bibliografía que acompaña al texto. Es indudable que no todas las opiniones y teorías son, ni pueden ser, igualmente sólidas. Las frases con que el autor las expone, revelan generalmente el crédito que le merecen. Muchos juicios parecen definitivos; pero tampoco faltan, como es natural, esquemas poco consistentes y de audaz factura.

Hay capítulos en la obra dedicados al pueblo vasco (VI y XXVII), Y las alusiones a la cultura vasca prehistórica y al pueblo pirenaico son numerosísimas. De esto quiero tratar brevemente en estas páginas, siguiendo el pensamiento del señor Bosch-Gimpera, y transcribiendo, a veces, sus propias frases. Pero sin comentarios apológi-

ticos. Me atendré, preferentemente, al país vasco; mas no siempre: el miraje ha de abarcar otros países del occidente de Europa, con los cuales estuvo más o menos articulado el pueblo vasco desde tiempos muy antiguos.

En la etapa inmediata anterior a la dominación romana se puede apreciar una gran diversidad de pueblos y culturas en el suelo ibérico, diversidad que tiene antecedentes en épocas remotas de la prehistoria. Después de la primera población del paleolítico inferior, se dibujan ya diferencias profundas, apareciendo los dos elementos étnicos fundamentales de la península que no se borran más: los capsenses, de origen africano, y los pirenaicos del N., relacionados probablemente con otros grupos étnicos de Europa. Más tarde, estos elementos son influidos o transformados por los aluviones ibéricos y por los celtas. Pero el elemento verdaderamente indígena y aquella dualidad en que se polarizó durante el paleolítico la población peninsular no desaparecen por tales invasiones. «Es más, pasado algún tiempo, los invasores acabaron por fundirse con los Indígenas; y en muchos lugares núcleos importantes de éstos debieron seguir intactos por mucho tiempo» (p. 4), como ocurrió, por ejemplo, en la zona pirenaica. Para razonar y desarrollar debidamente este pensamiento, es preciso descender al detalle, examinar las fuentes, recopilar materiales e interpretarlos cuidadosamente. Y es esto lo que hace el señor Bosch-Gimpera, estudiando los pueblos y culturas de la Península en su proceso histórico desde los tiempos más remotos.

* * *

Los pueblos del paleolítico en la Península Ibérica (p. 11).— Ya en el paleolítico inferior, es decir, en la etapa más antigua que alcanzamos en el proceso de la historia del hombre, puede hablarse de pueblos y culturas diferentes en la Península. Cuando menos, en sus postrimerías existía, al parecer, un musteriense inicial evolucionado del achelense, con tipos de instrumentos gruesos, variantes del hacha de mano, etc.; musteriense, al cual vienen a superponerse dos culturas: «una traída por hordas nórdicas venidas de Europa con la civilización musteriense avanzada de tipos pequeños (puntas), y la otra, de origen indudablemente africano..., la esbaikiense, a la que sigue de cerca la llamada ibero-mauritana o precapsense por Pérez de Barradas, también de origen africano». La sucesión de tales culturas y pueblos parece cierta para Madrid. «En cambio, en otras zonas más extensas de la península, las cul-

turas se muestran más unitarias y los pueblos que las representan no parecen haberse movido tanto. Así, la zona cantábrica tiene un musteriente evolucionado del achelense superior en el mismo país, y, por otro lado, en toda la zona oriental predomina el musteriente europeo de tipos pequeños». «Esto no quiere decir, sin embargo, que había diferencias antropológicas en todos estos pueblos».

Es en el paleolítico superior donde aparecen, sobre todo, diferenciadas las poblaciones peninsulares, destacándose desde el primer momento la cultura franco-cantábrica y la capsiese. La primera se extiende principalmente por la costa oceánica del N. de la Península, desde Asturias hasta Vasconia, continuando al otro lado del Pirineo hasta la Dordoña y Ariège. «En sus zonas ricas muestra la serie completa de los períodos del paleolítico europeo occidental: el auriniense, el solutrense y el magdaleniense» con su arte e industria típicas que no hace falta describir aquí.

La cultura capsiese está emparentada con su homónima de Africa, y se extiende por todo el Mediterráneo (España, Africa, Sicilia e Italia) hasta Egipto (el sebiliense) y Palestina y Fenicia. En España tiene una zona bien delimitada: la costa andaluza (Málaga) y una buena parte del E. de la península (Almería, Castellón). Sus artes e industrias no cabe confundirlas con las de otros pueblos.

La distribución geográfica de ambas culturas, juntamente con el contraste de su evolución y de su material, parece tener una significación etnológica. Lo cual aparece confirmado, además, por sus respectivas producciones de arte rupestre. El arte franco-cantábrico se encuentra, generalmente, en los sitios más ocultos de las cavernas, y su inventario está integrado por representaciones de animales, de dimensiones regulares y de estilo naturalista, aislados o en grupo, pero sin formar escenas. Es arte que evoluciona desde el simple dibujo auriniense de contornos pintados hasta las bellas policromías de colores vivos del magdaleniense, además de grabados y representaciones antropomorfas y de siluetas de manos aurinienses, series de puntos, signos tectiformes, etc. Representa, al parecer, una civilización totemista, con gran desarrollo de la magia. En cambio, el arte capsiese del E. y S. de España tiene sus producciones a la luz del día, en abrigos o rocas al aire libre, como para ser contempladas por todos. Además del elemento faunístico de estilo naturalista, nunca faltan figuras humanas que representan, en combinación con los animales, escenas

de cacería, luchas, danzas, etc. Estas diferencias responden seguramente, a esa dualidad de elementos étnicos peninsulares que persiste en épocas posteriores: los capsioses de cultura mediterránea y los franco-cantábricos o del N., cuya zona central ocupa el actual pueblo vasco.

Los datos de la antropología parecen conducirnos al mismo resultado. Pero este aspecto del problema se halla poco aclarado todavía, por ser escasos los restos óseos humanos conocidos hasta hoy en el paleolítico superior de la Península. De la zona franco-cantábrica es el cráneo de Camargo que se ha atribuido a la raza de Cro-Magnon, extendida en Francia y en otros lugares de Europa desde el auriniense, si bien en combinación con otros tipos, particularmente con la raza auriniense de Combe-Capelle o Predmost y con la negroide de Grimaldi. En cuanto a la raza capsiosa, no hay restos humanos en el paleolítico superior. Pero pueden ser decisivos en este problema los esqueletos del capsioso final de los «kioekkenmoedding» de Mugem, estudiados por Mendes Corrêa, los cuales—al menos los pertenecientes al tipo dolicocefalo que allí predomina—son considerados como de una raza de origen africano de acuerdo con la filiación africana de la civilización capsiosa.

* * *

Los movimientos de los pueblos del epipaleolítico (p. 26)—Después del paleolítico tienen lugar en la Europa occidental diversos cambios de cultura debidos, al parecer, a variaciones del clima y a los movimientos de los pueblos capsioses. Las alteraciones del clima provocaron la extinción de muchas especies animales, y, al escasear la caza, algunos grupos humanos se vieron precisados a desplazarse. Así se explica que los capsioses del S. y E. de España se extendieran por el centro de la Península y Portugal, como también a lo largo del Ebro y por la zona litoral del Mediodía de Francia, invadiendo el narbonesado. El capsioso llega hasta el N. de Francia, y su influencia alcanza hasta el N. de Europa (Escandinavia, Dinamarca y zona N. de Alemania).

Entre tanto, en el N. de la Península Ibérica continúa la cultura magdaleniense, si bien muy empobrecida, constituyendo la etapa del epipaleolítico llamada aziliense. La cultura franco-cantábrica y sus pueblos quedan arrinconados en las montañas franco-pirenaicas. Ya no existen el arte cuaternario ni muchos de los elementos de la industria del período anterior. Según Bosch-Gim-

pera, la disminución de la caza y la miseria consiguiente, debió provocar un cambio en los ritos mágicos, de los cuales dependía la vida de los pueblos. Por eso el hombre franco-cantábrico dejó de pintar animales en las cuevas. En cambio, esperó la salud de otros poderes, tal vez de los antepasados que habían alcanzado tiempos mejores. Así debió desarrollarse la nueva idea del culto de los muertos que se encuentra en el epipaleolítico y que sigue en los períodos posteriores, según se comprueba en el arte esquemático. Claro está que este proceso es puramente hipotético. La disminución de la caza pudo acarrear la desaparición del arte rupestre; pero también pudo provocar un mayor desarrollo del mismo, como lo confirma más adelante el propio señor Bosch-Gimpera, cuando dice de los saharianos del epipaleolítico: «Al final del glaciario y del período pluvial del Sahara, empezó a escasear la caza que nutría a los cazadores saharianos, y es entonces cuando tuvo lugar el desarrollo del arte rupestre naturalista» (p. 56). De todos modos, en medio de los movimientos y transformaciones del epipaleolítico, un hecho queda patenté: la persistencia de aquella primitiva dualidad de culturas y pueblos en la etnología del occidente de Europa. Por un lado los capsenses; por el otro la población derivada de la cultura franco-cantábrica.

* * *

El protoneolítico y el neolítico avanzado del occidente de Europa (p. 63).— Después del epipaleolítico en el N. de la Península Ibérica se desarrolla la civilización asturiense que, según Bosch-Gimpera, coincide con el área de difusión de la antigua cultura franco-cantábrica. En lo cual conviene hacer una salvedad, y es que la industria asturiense no ha sido hallada todavía en el país vasco—zona central de la cultura franco-cantábrica—más que en Biarritz.

En la mayor parte de la Península, faltan estaciones de este tiempo, aunque es de suponer que continuó el capsense en aquel proceso de transformación iniciado durante el epipaleolítico: el arte rupestre se esquematiza y cambia de contenido, perdiéndose la idea de la magia de caza que es sustituida por la de los antepasados.

Ya se ha dicho que esta transformación fué debida a los cambios de clima, que acarrearón la extinción de la fauna glacial. El hombre se vió precisado a adoptar otros modos de vivir. Así surgen la agricultura en el N. de Alemania y Francia y el pastoreo en los países del S.

En la Península, la adaptación al nuevo medio con el desarrollo del pastoreo dió por resultado el desenvolvimiento de las poblaciones capsieneses. Su industria más importante se reduce a flechas de hueso y a los microlitos de sílex triangulares, lenticulares o trapezoidales que pueden servir de puntas de flecha. Los pueblos capsieneses, al final del neolítico, desarrollan la llamada cultura de *las cuevas* que se prolonga por el N. de Africa y S. de Francia. Es una civilización de pastores con industria pobre, consistente en hojas de cuchillo y otros instrumentos de sílex, a los que se asocian, a veces, hachas de piedra de factura rudimentaria y cerámica muy característica. Esta suele ser de paredes gruesas, elaborada a mano, con decoración consistente en cordones en relieve marcados con impresiones digitales, en surcos e incisiones más o menos regulares hechos con los dedos y con las uñas, Con el tiempo se afina la técnica, y los dedos y las uñas son sustituidos por el punzón, con el que se hace la bella ornamentación de la cerámica llamada del vaso campaniforme. Se distinguen varios grupos o núcleos de la cultura de las cuevas en la Península. En la mitad N., sobre todo en Burgos, Santander, Logroño, Soria, Huesca y Lérida se desarrolla una de los más importantes. Al país vasco llegaron influencias de esta cultura a juzgar por la cerámica hallada en diversos yacimientos prehistóricos, como Santimamiñe, Lumentxa (Lekeitio), Ermitia, etc.

En pleno eneolítico la cultura de las cuevas evoluciona y se transforma en la llamada del vaso campaniforme que, en opinión del señor Bosch-Gimpera, parece formada en el valle del Guadalquivir, de donde se difunde en diversas direcciones.

Al final del neolítico aparece en Portugal, probablemente en los núcleos montañosos de los capsieneses del NE., la cultura megalítica que luego se extiende hacia SE. por Andalucía, y por el N. hacia Galicia, Asturias y la zona pirenaica.

Fuera de la Península, en los países donde el capsiese arraigó fuertemente, aparecen fenómenos análogos a los de la cultura de las cuevas. Parece, pues, que en todo el dominio capsiese los diversos grupos evolucionaron paralelamente.

En los territorios capsieneses de la Península Ibérica el elemento antropológico se caracteriza como una mezcla de dolicocefalos y braquicefalos (éstos en minoría). Parece que ambos tipos fundamentales se identifican con los dolicocefalos de Baumes-Chaudes (Francia) y con los braquicefalos de Grenelle de la misma época y

del dominio capsense, y con los cráneos de la cueva de Redeyef (Túnez) también de la población capsense. Los ascendientes de estos tipos neo-eneolíticos hay que buscarlos, en opinión de Saller, en el paleolítico. De todos modos estas coincidencias sólo parecen explicarse por la persistencia de la población capsense. «El día que se estudie esto a fondo—dice Bosch-Gimpera—cabrá comparar todavía los resultados obtenidos con la antropología palafítica, en la cual hay también dolicocefalos y braquicefalos. Estos últimos ya han sido puestos en relación con los braquicefalos occidentales de Grenelle (Scheidt), así como los elementos negroides y pigmoides palafíticos y de los «Hockergräber» han sido referidos a los hombres de Grimaldi (Kollmann). Por otro lado, Aranzadi (I) encuentra ciertas coincidencias con la raza pirenaica occidental, que podrían provenir de la ascendencia común de una parte en el antiguo pueblo franco-cantábrico del paleolítico superior». En estas últimas palabras del señor Bosch-Gimpera no aparece claro el pensamiento. Si se quiere decir que en los vascos actuales entra la raza de Cro-Magnon como elemento importante, esto no es cierto. El mismo Aranzadi lo ha declarado expresamente (2).

De lo dicho se desprende que el actual país vasco se hallaba rodeado en gran parte, durante el protoneolítico, neolítico y eneolítico, de poblaciones capsenses o descendientes de los capsenses, cuya unidad étnica parece reflejarse tanto en el tipo antropológico como en su característica cultura.

Además de la civilización capsense, llegó a establecer contactos con el país vasco, principalmente durante el eneolítico, el pueblo de la llamada cultura de Almería, del cual derivaron, al parecer, los iberos. Esta cultura se considera como originaria del Sahara. El cambio de clima operado después del paleolítico y la consiguiente desecación del territorio sahariano y el empobrecimiento de la vida, obligaron a sus habitantes a desarrollar intensivamente el pastoreo y determinaron la gran expansión territorial de los mismos en todas direcciones. Los pueblos resultantes de esta expansión son los que llegan a la historia con el nombre de camitas. Ceden los capsenses ante el movimiento de los saharianos. Estos, en una de sus direcciones, atraviesan el mar desde la región de Orán, y se establecen en Almería durante el neolítico final. A esta conclusión nos conduce el hecho de que la cultura almeriense y el

(1) *Síntesis métrica de cráneos vascos*. (RIEV, XIII, 1922).

(2) ARANZADI; *op. cit.*, p. 359 y 363.

tipo antropológico de sus habitantes reproducen los caracteres principales del pueblo sahariano. Así, la mayor parte de los restos humanos almerienses pertenecen al tipo mediterráneo-camítico, esto es, al de los bereberes actuales (dolicocefalo, de sección ovalada regular con cara larga, pómulos acusados, etc.). Es típico de la cultura almeriense vivir en poblados fortificados en las cimas de las colinas, costumbre que fué heredada por sus descendientes los iberos; los sepulcros en fosas cavadas en la tierra revestidas de piedras, cubiertos frecuentemente con túmulos; el uso de cerámica sin decorar, en lo cual se distingue de la cerámica de la cultura de las cuevas; la abundancia de puntas de flecha de las dos formas fundamentales (triangular con espiga y lenticular o de hoja) que ofrecen numerosas variantes; hachas de piedra (piedra ordinaria, fibrolita, serpentina, etc.); piedras de collar (los había de callais); ciertas formas de idolitos y el cobre. Estos elementos quedan siempre esenciales en la cultura de Almería y persisten hasta en la edad del bronce, a pesar de su perfeccionamiento a través de las diversas etapas y con la sustitución gradual de la piedra y el sílex por el cobre y el bronce, así como con la adopción temporal de tipos forasteros como el vaso campaniforme y cerámica decorada, perlas de ámhar, ídolos-placas, tipos de punta de flecha portuguesa con la base cóncava, sepulcros megalíticos con falsa cúpula, etc., etc. La cultura almeriense se difunde por el S. de Cataluña y por Aragón, estableciendo contactos con la llamada cultura pirenaica, tanto en Cataluña como en las proximidades de la zona vasca (sepulcro almeriense de Sariñena—Huesca—, las flechas de Undués Pindano). Estos contactos muestran la posibilidad de una gran influencia cultural sobre la civilización pirenaica. Esta influencia, según Bosch-Gimpera, puede comprobarse en la adopción del armamento almeriense y quizá hasta en los tipos del vaso campaniforme pirenaico, en el uso del cobre y tal vez en la agricultura, al menos en la de tipo más desarrollado. De donde deduce que no ha de extrañarnos que se comprueben paralelos lingüísticos entre los vascos y los iberos, si bien no es posible identificar los dos pueblos desde el punto de vista de la etnología.

* * *

Los pueblos pirenaicos y su supervivencia en los vascos (p. 119). Las regiones del N. de la Península y del SW. de Francia, cuya zona central ocupa el país vasco, estaban ocupadas desde el principio del paleolítico superior por un pueblo cuya cultura se

nos presenta en todo tiempo muy diferenciada de las de otros pueblos y países. Contrasta, sobre todo, con la civilización capsiese que predomina en las comarcas circunvecinas. Todo nos induce, pues, a pensar que en la zona franco-cantábrica existió un grupo étnico, culturalmente independiente de los demás grupos, principalmente de los capsioses sus vecinos, y que, por lo mismo, constituía un pueblo autónomo. No se vaya a creer que, con cuatro pedruscos y tres fragmentos de vasijas, constituimos una cultura, como alguna vez se lo he oído a personas cultas y especialistas en otros ramos del saber. La cultura es algo compleja. Y no podría hablarse de unidad cultural o de un tipo de civilización fundándose tan sólo en algunos instrumentos u objetos industriales característicos de una región, toda vez que los demás elementos de cultura (religión, lengua, instituciones sociales, régimen económico, artes) podrían no ofrecer la misma individualidad. Del mismo modo, la comunidad de ciertos objetos industriales en dos o más grupos, en ningún modo probaría identidad de cultura. Para una tal identidad haría falta la concordancia en los rasgos de civilización más fundamentales, como ya lo hice ver en una obra reciente (1). Y más. si se tiene en cuenta que los útiles y objetos manufacturados constituyen objetos de fácil intercambio y que las industrias suelen transportarse frecuentemente a países lejanos sin el acompañamiento de los demás elementos culturales. Pero si dos países o comarcas presentasen objetos industriales (instrumentos y armas de piedra y de hueso) diferentes, producciones artísticas de diferente estilo y manifestaciones religiosas distintas, y si, además, tales diferencias se perpetuasen durante largos períodos de tiempo, este hecho tan sólo podría explicarse suponiendo que se trata de dos grupos étnicos culturalmente distanciados y autónomos: es decir, dos culturas, dos pueblos. Y dados los conocimientos actuales de la ciencia prehistórica, tal parece ser el caso de la zona franco-cantábrica y de las regiones circunvecinas. Y este estado de cosas continuó, desde luego, hasta el eneolítico a través de épocas de gran empobrecimiento cultural originado por las profundas transformaciones climáticas ocurridas después del paleolítico. Tales transformaciones fueron, en efecto, las que hicieron desaparecer en el país franco-cantábrico muchas especies cuaternarias cuya carne servía de alimento al hombre que le ocupaba. Este tuvo que adaptarse,

(1) J. M. DE BARANDIARAN : *Breve historia del hombre primitivo*, pág. 120. Vitoria, 1933.

por lo tanto, a las nuevas condiciones de vida, alimentándose pobremente de las pocas especies que restaban y de moluscos, sobre todo en las zonas costeras. Siendo ya inútiles, en el nuevo género de vida, muchos de los utensilios de la época anterior, desapareció, o cuando menos se redujo notablemente, la industria paleolítica. Y sólo surgieron escasos tipos nuevos de instrumentos, como el pico asturiense apropiado para hacer desprender los moluscos de las rocas. Por lo demás, los movimientos culturales del epipaleolítico y posteriores hasta el neolítico final apenas se hicieron sentir en el interior de la zona franco-cantábrica, cosa explicable si se atiende a las condiciones de vida a la sazón poco favorables en este país. Pero sí limitaron su territorio, sobre todo en la región occidental, por la introducción de la cultura de las cuevas (derivada de la capsense) en Santander.

Las tribus franco-cantábricas se transformaron lentamente en pastores, principalmente en las comarcas montañosas; y en los valles de alguna extensión se introdujo probablemente la agricultura. Y estos cambios y la asimilación de diversos elementos importados de fuera durante el eneolítico dieron por resultado la formación de la cultura pirenaica en los pueblos derivados del antiguo grupo franco-cantábrico. Del núcleo central de esta población sabemos que estaba formado por la raza vasca, según los datos actuales de la antropología y de la etnografía.

La cultura pirenaica, según el Sr. Bosch-Gimpera, no es una civilización original ni diferente de las vecinas en todos sus elementos. Lo que le da su personalidad es precisamente que, habiendo tomado de ellas casi todos sus aspectos, los combina de una manera peculiar que la hace distinguir desde luego y que, por lo tanto, no permite confundirla con las otras. «Y esto requiere, a juicio del arqueólogo catalán, un pueblo con características propias, como es natural que fuese el descendiente de los antiguos franco-cantábricos». Los elementos extraños más importantes que el pueblo pirenaico incorporó a su propia cultura fueron las formas sepulcrales megalíticas originarias de Portugal y el tipo de las puntas de flecha, el cobre y el vaso campaniforme que, a su vez, llegaron por influjo o mediación de la cultura de Almería que ya se había propagado por la cuenca del Ebro (S. de Cataluña y Aragón). A esto que señala el Sr. Bosch-Gimpera, cabe añadir otras influencias llegadas de países más septentrionales, como la región naturalista del culto del cielo, del sol, del fuego, de ciertos

animales y plantas, de las fuentes sagradas, etcétera, cuyas reminiscencias han sido conservadas por la lengua y por la etnografía vascas en la misma forma en que, según Leopoldo von Shroeder, los pueblos arios concebían y practicaban tales cosas antes de la época de su dispersión, es decir, en el neolítico final (1).

A pesar de la uniformidad relativa de la cultura pirenaica, el Sr. Bosch-Gimpera distingue en ella varios grupos comarcales, cosa muy natural en un territorio montañoso cruzado tan sólo por sendas de pastores.

Según el Sr. Bosch-Gimpera, esta cultura parece acabarse en Vasconia al W. de Vizcaya, «donde los últimos sepulcros pirenaicos se hallan en Gorbea». Esta afirmación requiere hoy algún retoque, puesto que la zona dolménica rebasa los límites que le señala Bosch-Gimpera, llegando, por lo menos, hasta los confines de Burgos (sierra de Gibijo y Añes). Por el otro lado se extiende por Navarra y probablemente por el Alto Aragón hasta Cataluña, donde forma otro grupo interesante de estaciones megalíticas.

Otro grupo importante es el de SW. de Francia con su centro principal en los Altos Pirineos y Alto Garona (Halliade y Tailhan), del cual son características ciertas variedades en la forma de las galerías cubiertas (con una pequeña cámara perpendicular al eje principal) y las grandes cistas rectangulares (Puy Mayou). Faltan las puntas de flecha.

El grupo vasco está caracterizado por la mayor rudeza de las puntas de flecha y por algunas formas particulares de colgantes, de perlas de collar y de amuletos cuyo uso ha llegado hasta nosotros. El hecho de ser la losa oriental más baja que las demás, es también una particularidad del grupo vasco.

Tanto en la zona vasca como en la catalana del pueblo pirenaico, se notan influencias de las culturas vecinas (la de las cuevas en Santimamiñe, Lumentxa y Ermitia y en toda la provincia de Gerona; y de la de Almería).

Los pirenaicos, con sus elementos culturales característicos (industria de pedernal, de ofita y de hueso, generalmente ruda; cerámica basta con influencias de las culturas vecinas, como la de la cultura de Almería y de las cuevas; sepulcros megalíticos de formas muy sencillas; amuletos de carbón; creencias y prácticas indoeuropeas mezcladas con cultos y mitos indígenas relativos a

(1) *Arische Religion*, p. 265-314, Leipzig, 1923. JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN: *El hombre primitivo en el país vasco* (próximo a aparecer).

personajes sobrenaturales subterráneos), perduran principalmente en los Pirineos occidentales sin alteraciones de importancia hasta los tiempos históricos, en que sus tribus son conocidas primeramente con nombres diferentes (vascones, várdulos, caristios, autrigones) y finalmente con el de vascos.

En efecto, ningún motivo hay que haga sospechar movimientos de pueblos en el país vasco después del eneolítico. Los iberos no rebasaron el valle del Ebro; sólo hacia el siglo III ocuparon, al parecer, el Alto Aragón (jacetanos), introduciéndose por Francia. Los celtas, a su vez, se limitaron a pasar por Roncesvalles, sin establecerse en el interior del país, como se comprueba por la ausencia absoluta de nombres toponímicos celtas en las comarcas más céntricas del territorio vasco; Tan sólo ocuparían quizá algunos lugares estratégicos, como pudiera sospecharse por los hallazgos célticos de Echauri (Navarra) y algunos nombres de lugar, como *Uxama* (Osma), *Deóbriga* (Puentelarrá), etcétera, en comarcas periféricas.

La ausencia de datos que comprueben una conquista del Pirineo vasco desde el eneolítico, hace sospechar que los vascos se hallan en el territorio actual, por lo menos desde aquella época. Y esta continuidad de la población aparece plenamente confirmada, si tenemos en cuenta que el área de la cultura pirenaica del eneolítico coincide con la de los nombres toponímicos vascos, y que el tipo físico del vasco actual reproduce los caracteres de los restos humanos hallados en los sepulcros eneolíticos del territorio vasco.

Los nombres de lugar euskarianos se hallan, en efecto, en gran parte de las regiones ocupadas por el pueblo pirenaico, no sólo en la zona vasca de nuestros días, sino también en otras comarcas. Así, en el Alto Aragón hay multitud de nombres toponímicos vascos, como *Astu*, *Arbe*, *Aspe*, *Cenarbe*, *Benabarre*, *Lujiarre*, *Lascuarre*, *Luparre*, *Jabierregai*, *Achar*, *Lizarra*, *Gistaín*, *Enate*, *Artaso*, *Artasona*, *Bizberri*, *Barosa*, *Ayerbe*, *Loarre*, etcétera. Más allá, en el Pirineo catalán, existen también vestigios de toponimia vasca, como Jo indican los nombres *Gerri*, *Esterri*, *Aran*, *Illiberri*, *Muga* y otros. Del mismo modo, en los Altos Pirineos, ya en la vertiente continental, se conocen muchas voces toponímicas vascas o de sabor euskérico, como las de *Aran*, *Beost*, *Arbeost*, *Arizes*, *Arrabi*, *Arbiqon*, *Art*, *Arthez*, *Artouste*, *Arudy*, *Aspe*, *Aste*, *Barousse*, *Bastan*, *Bigorre*, *Bolou*, *Cujalate*, *Esterre*,

Estibette, Hourat (puerto) *Irhaxe* (de *iratze*, helecho), *Isabe, Izes-te, Laruns, Navarrenx, Oloron* (antiguo *Iluro*), *Ourdinse, Séberry, Séoube, Urdos*, etcétera. Según Luchaire, en el valle del Salat (Alto Garona) «abundan los nombres de fisonomía éuskara» (I). También los nombres de las divinidades locales de los Altos Pirineos tenían marcado sabor euskérico. Tales eran, por ejemplo, *Arbalax, Arixe, Andarte, Alar, Asto Ilunno, Arthe, Baicorrixo, Garri, Iluberrixo, Ilumbero, Idiatte, Lelhunno, Leheren, Larra-soni*, etcétera.

El parentesco antropológico de los vascos actuales y los eneolíticos del Pirineo occidental parece sólidamente comprobado por los estudios de Aranzadi. El tipo del vasco actual no es mediterráneo ni camita (ibero), lo cual demuestra que el pueblo pirenaico del eneolítico era distinto de los que representaban la vecina cultura almeriense (antecesores de los iberos).

Dice Bosch-Gimpera: «El tipo antropológico vasco y con él el de la raza de los sepulcros megalíticos vascos que Aranzadi llama «raza pirenaica occidental» (2), se caracteriza por el predominio de la mesocefalia, con las sienas abultadas, el orificio occipital un poco oblicuo (3), cosa que da a la posición de la cabeza un aspecto particular (4); la cara tiene el mentón saliente (5) la nariz bastante larga y puntiaguda, los ojos grandes (6) y de color oscuro (7) la estatura bastante elevada, etcétera. En todo caso este tipo se contrapone al predominante en la cultura de Almería (los dolicocefalos del tipo mediterráneo) y a la mezcla de dolicocefalos y braquicefalos que parece prevalecer en toda la cultura central (de las cuevas) y que, en la extensión catalana de la cultura pirenaica, puede reconocerse en la abundancia de braquicefalos característica de los megalitos de la comarca de Solsona» (p. 131).

La cultura pirenaica estuvo dotada de una gran fuerza de expansión durante el eneolítico. Así, en Cataluña llegó a sobreponerse en una extensa zona a la cultura de las cuevas y lo mismo

(1) *Etudes sur les idiomes pyrénées*, p. 27. Paris, 1879.

(2) La misma denominación fué empleada por Victor Jacq.

(3) Todos los hombres tienen oblicuo el orificio occipital. Además, esto concreta poco, puesto que oblicuo puede ser en varias direcciones. En el vasco el orificio occipital tiene el borde anterior muy metido o hundido.

(4) Este aspecto particular a que se refiere Bosch-Gimpera, consiste en que, al hallarse erguido el pescuezo, la barbilla queda algo recogida.

(5) Lo más característico de la mandíbula inferior en el vasco es quizá el ser estrecha.

(6) Esto no es característico del vasco.

(7) Tampoco hay que considerar el color oscuro de los ojos como algo característico del vasco; ni con relación a otros pueblos peninsulares podría pasar como distintivo.

hizo en las regiones del SW. y S. de Francia, llegando hasta las estribaciones occidentales de los Alpes. Su influencia repercutió en todo el valle del Ródano hasta la Lorena y el Franco Condado y aun en las cuencas del Mosella y el Rhin. Ella fué quizá la portadora del vaso campaniforme al Rhin y al centro de Europa y de su tipo de flecha y de los sepulcros megalíticos (galería cubierta y la cista) al N. de, Francia y a Inglaterra a través de pueblos de otra civilización. «Esta extraordinaria extensión de la cultura pirenaica, dice Bosch-Gimpera, no es posible explicar de otra manera que como un verdadero movimiento de pueblos... Al SE. de Francia se trata casi siempre de una verdadera sustitución de cultura sin que existiese ningún lazo de unión entre la de las cuevas anterior y la pirenaica nueva» (p. 137).

* * *

Los iberos.— Ya hemos dicho que el pueblo o la cultura almeriense (camitas) había establecido ya en el eneolítico una frontera de contacto con el pueblo pirenaico, principalmente en Cataluña, Aragón y, probablemente, en una extensa zona a lo largo de la cuenca del Ebro. Persistió durante la edad del bronce con escasas relaciones con las culturas europeas, mientras que la cultura pirenaica recibía de los países nórdicos diversos elementos (el tipo de hacha de Balenkaleku y más tarde las hachas de bronce). Recibió, sin embargo, influencias de la cultura de las cuevas, sobre todo al S. de Cataluña, en Aragón y en parte de Valencia, y más tarde diversas aportaciones como el uso del hierro, hachas de bronce tubulares y en alguna zona (costa catalana) elementos de la cultura hallstática. El nombre de los pueblos que, poseyendo esa cultura, entraron en el período histórico, es, según las fuentes griegas, el de los iberos. A este propósito concluye Bosch-Gimpera diciendo: «*La identidad del pueblo de la cultura de Almería con los iberos históricos está, pues, comprobada, al menos para los grupos de la extensión de Valencia, Aragón y S. de Cataluña.* Y si es cierto que los almerienses estaban, al comenzar la edad del bronce, en pleno movimiento de expansión por las cuencas del Ebro y del Jalón en dirección al centro de España, llegamos a otro resultado importante: *la posibilidad de un sedimento de iberos anterior a Los celtas en el centro...* (p. 174).

En el poema *Ora maritima*, de Avieno (del siglo VI a. J. C., según Schulten), se habla por primera vez de los iberos como de pueblos que habitaban la costa de Valencia y del S. de Cataluña,

y cuya dominación alcanzaba a varias tribus del N, de Cataluña hasta el Pirineo y aun más allá hasta el río Oranus (= Lez? Herault junto a Beziers?). No cita, pues, Avieno otros iberos que los del E. de la Península y del S. de Francia, los cuales se distinguen claramente de los tartesios. Pero en Herodoro (530 a. de J. C.), aparecen ya los tartesios comprendidos bajo el nombre de iberos, los cuales se contraponen a los celtas. Más tarde, en tiempo de Eratóstenes, el nombre de Iberia se generaliza a toda, la Península.

La diferencia de los grupos ibérico y tartesio, señalada también por Herodoto, puede apreciarse por los datos arqueológicos. La cultura ibérica refleja, en general, un estado de cosas cuyas raíces pueden fácilmente reconocerse en estados anteriores prehistóricos, principalmente en la cultura de Almería. La cerámica, que al principio es exclusivamente hecha a mano y reproduce formas y adornos neolíticos, más tarde es pintada con motivos principalmente geométricos y vegetales; los tipos de sepulcros son semejantes a los almerienses del neolítico, eneolítico y principios de la edad del bronce; en la fabricación de las puntas de flecha, hachas, etcétera, continúa el uso del bronce; pero también aparecen elementos de las culturas vecinas, como de los tartesios y de los celtas de Cataluña.

«En cuanto a los pueblos del S. de Francia, las fuentes más explícitas (el Periplo del poema de Avieno, Hecateo, Esquiló, Pseudo-Escilax, etc.) referentes a los siglos VI-IV, hablan de la presencia de los iberos a lo largo de la costa oriental» (p. 406). Por otra parte, en las fuentes posteriores, contemporáneas de la conquista romana, aparece claro el carácter ibérico de los aquitanos: un grupo procedente del núcleo ibérico del SE. de Francia que se conservó largo tiempo al S. del Garona. Ignoramos la fecha en que los iberos fueron a establecerse en Aquitania. Pero sea de ello lo que fuere, parece indudable que hallaron en aquel país una población indígena emparentada con los vascos y que más tarde aparece en los gascones. De ello son indicio los nombres de lugar vascos tan abundantes en Aquitania y el hecho de que este país y el de los vascos peninsulares estaban culturalmente emparentados desde tiempos muy antiguos, especialmente desde el eneolítico. «Algunas veces se ha insistido—dice Bosch-Gimpera—en que el elemento vasco de los gascones representa algo moderno en el S. de Francia, por haber entrado durante la expansión de los vascos en tiempo de los godos y de los gascones. Pero creemos que esta

interpretación fuerza en cierto modo los textos, ya que en éstos se habla más de rebeliones de los gascones, que vivían allí desde tiempo inmemorial, que no de ningún movimiento de un pueblo nuevo» (p. 142). Esta observación de Bosch-Gimpera nos parece muy exacta. El texto de Gregorio de Tours, en que se han fundado principalmente los defensores de la sentencia contraria, es el siguiente: «Mas los vascones, irrumpiendo de los montes, bajan a la llanura, talan las viñas y los campos, incendian las casas, llevan cautivos a algunos con sus ganados. Contra los cuales el duque Astrowaldo procedió muchas veces; pero consiguió escasa venganza». Estas palabras en ningún modo autorizan a pensar que antes de estas rebeliones o salidas impetuosas de los vascones no fuese vasca la población indígena de Gascuña.

El carácter ibérico de los aquitanos se halla comprobado, según Schulten, por la terminación de su nombre en *-tanus*, por la repetición de los nombres de ciudades ibéricas de España (*Iluro*, *Calagurris*) o de ríos de España (*Sicor*=*Sicoris*; *Atur*, o sea el actual Adour, equivalente al *Atur* cantábrico) en Aquitania, y por el nombre popular *Gironda* del Garona que corresponde a la ciudad de Gerunda (Gerona). Posidonio señaló la analogía de los aquitanos con los iberos y su diferencia respecto de los celtas. Y César los supuso emparentados con los cántabros (un grupo ibérico), y sus costumbres y táctica militar le parecían como ibéricas.

Los iacetanos constituyeron, al parecer, otro grupo ibérico, que a partir de Aquitania se extendió por la región de Jaca. A esto parecen inducirnos la identidad de los nombres (*i-aketani*=*akitani* [I]) y el hecho de repetirse entre los iacetanos los nombres de las ciudades aquitanas. En Estrabón aparecen citados como un pueblo importante; pero Ptolomeo ya nos lo menciona e incluye su territorio, con la ciudad de Jaca, dentro del de los vascones. «La abundancia de elementos toponímicos vascos en el Alto Aragón y la continuidad geográfica del valle de Jaca respecto del territorio del N. de Navarra, así como el texto, de Ptolomeo, hacen suponer que tal vez aquí los romanos restablecieron unos límites antiguos de los vascones anteriores a la entrada de los iacetanos, por lo cual éstos quedarían absorbidos dentro del grupo vascón, (p. 620).

Los cántabros formaban otro de los pueblos ibéricos cuyo territorio (la parte oriental de Asturias y la mayor parte de la provincia de Santander) lindaba por el oriente con los vascos, es decir,

(1) MEYER-LUBKE duda de esta identidad, como ya lo hace notar BOSCH-GIMPERA.

con los autrigones que, a juzgar por varios indicios, eran de estirpe vasca. Bosch-Gimpera supone que el grupo extremo de los iberos del Ebro, en una época difícil de precisar, siguió Ebro arriba y, pasando por Reinosa, se estableció en la región cantábrica. Más tarde, habiéndose instalado los celtas (turmódicos y berones) entre los iberos del Ebro y los cántabros, éstos quedaron aislados de sus hermanos de raza y cultura del interior de la Península. Sin embargo, pudieron establecer relaciones por mar con los aquitanos, también ibéricos. Por el contrario, sus relaciones con los vecinos vascos, especialmente con los autrigones, fueron, en general, tirantes (p. 617).

De todo lo dicho se desprende que los vascos no constituyen un pueblo ibérico, sino que son descendientes de los pueblos pirenaicos del eneolítico, según nos lo enseñan la topografía arqueológica de su cultura y el estudio antropológico de los restos humanos pirenaicos que entran de lleno en el tipo vasco, que es diferente del de los otros pueblos peninsulares en que cabe suponer supervivencias ibéricas. «Nada tiene que ver con este problema—dice Bosch-Gimpera—el de la lengua vasca y las afinidades ibéricas que en ella han podido encontrarse, si es que los filólogos las encuentran. Son dos problemas independientes. Aunque el vascuence fuese lengua ibérica, esto no probaría que los vascos son iberos, porque habrían podido adoptar la lengua en el transcurso de los siglos en sus relaciones con los iberos o con sus antepasados desde el eneolítico en que la cultura de Almería tocó los límites de los pueblos pirenaicos» (p. 615).

* * *

Los celtas. Según Bosch-Gimpera, se comprueba arqueológicamente la entrada de los celtas hacia el siglo IX antes de J. C. (acaso antes) en la parte oriental de Cataluña. La llamada cultura hallstática de los *Urnenfelder* (campos de urnas) que desarrollaron los celtas en otros países de Europa, hizo su aparición en Cataluña con sus necrópolis formadas de sepulcros de cremación excavados en el suelo y que contienen una urna, es decir, un vaso con los huesos quemados tapado con una piedra o con un plato de forma de cono truncado o con ambas cosas a la vez. La cerámica está representada por vasos lisos sin decoración o decorados con incisiones superficiales, surcos paralelos formando meandros, zig-zags, fajas curvilíneas, etc., aparte de vasijas adornadas con cordones en relieve e impresiones digitales pertenecientes a la industria indí-

gena originaria de la cultura de las cuevas. La toponimia parece confirmar también el carácter céltico de estos elementos, puesto que en el territorio de los «campos de urnas» hay nombres de lugar con terminación derivada del céltico *dunum* (Besalú, Verdú, Salardú). Este primer aluvión céltico debió partir del Rhin y de Suiza, estableciéndose en la región de Narbona y en la llanura de Tolosa (Francia) desde donde invadió el territorio catalán.

Tal vez se infiltraron también por Roncesvalles algunas bandas de la cultura de los *Urnenfelder*, ocupando el valle de Pamplona, de donde se extenderían hacia el Ebro por el camino de Tafalla dando origen a los pelendones y beribraces, así como en dirección a Jaca, de lo cual son indicios los nombres de Berdún (*Virodunum*) y Navardún. La presencia de la cerámica céltica de los *Urnenfelder* en varias estaciones ibéricas de Aragón (Sena—Huesca—, Roquizal del Rullo—Zaragoza—, Las Escondinas, etc.), parece postular también una invasión de celtas por el Pirineo occidental.

Hacia el año 600 antes de J. C. un nuevo aluvión de pueblos célticos invadió la Península entrando por Roncesvalles. Son indicio de ello la necrópolis de Echauri, cerca de Pamplona, y las estaciones con restos de cultura posthallstática (floración tardía de la civilización de Hallstatt) existentes en las provincias de Soria y Guadalajara, en Galicia y Portugal y en el N. de España (berones y turmódicos). El carácter hallstático de esta cultura revela que su importación data de tiempos anteriores al siglo v; y su mayor semejanza con la del centro de Europa que con la de Francia, parece indicar que procedía directamente de la región del Rhin. Elementos característicos de esta civilización son, por ejemplo, las espadas de antenas que tienen la empuñadura provista de un apéndice en forma de arco de herradura, apéndice que juntamente con otros elementos de la industria hallstática, evolucionó en la Península, independientemente de otros países de la Europa occidental donde se desarrollaba a la sazón la cultura propia de la segunda edad de hierro (La Tene).

Con el grupo de los pueblos vascos (vascones, várdulos, caristios y autrigones) estaban en contacto los berones y los turmódicos. Ambas tribus eran célticas. De los berones lo asegura concretamente Estrabón, y a ellos atribuye Ptolomeo las siguientes ciudades: *Varea* (Varia, cerca de Logroño), *Tritium Metallum* (Tricio, cerca de Nájera) y *Oliva* (Leiva, al N. W. de Haro). Según esto,

los berones ocupaban la Rioja, entre la Sierra de Cameros y Sierra de Cantabria.

Que los turmódicos fuesen celtas parece desprenderse de la toponimia de su territorio. De ellos cita Ptolomeo las siguientes ciudades, cuyos nombres, al menos algunos, son célticos: *Deobrigula* (Tardajos), *Sisaraca* (Pisoraca: Herrera de Pisuerga), *Segisamum* (Sasamon), *Ambiona* (en la comarca de Castrogeríz?) y *Bravum* (de situación desconocida). Se hallaban, pues, establecidos los turmódicos entre la Bureba y el río Odra.

También al E. del Ebro, en la zona aragonesa, existen huellas que parecen revelar influencias célticas. Tales son los nombres *Gallicum* (San Mateo de Gállego), *Forum Gallorum* (Gurrea), río Gállego (*Gallicus*), *Berdún*. y *Navardún*. Esto unido a la noticia de Estrabón, según la cual los celtíberos vivían en las dos riberas del Ebro, hace verosímil la sospecha de que los celtas ocuparon aquella región.

* * *

Los grupos vascos (p. 605).— Rodeados de varias tribus ibéricas-y célticas, tales como los aquitanos, los edetanos, los celtíberos del Ebro, los pelendones, los berones, los turmódicos y los cántabros, hacen su aparición en la historia los grupos vascos, ocupando la región occidental del Pirineo. Según Bosch-Gimpera, uno de los puntos firmes de la etnología peninsular parece ser el carácter no ibérico ni céltico de los vascos, los cuales descienden de los pueblos de la cultura pirenaica. Los grupos vascos son cuatro: los vascones, los várdulos, los caristios y los autrigones. Los vascones ocupan aproximadamente el territorio de la actual Navarra, como se desprende de la situación de las tribus vecinas y de la de algunas de las ciudades que se les atribuyen. Tales ciudades son: *Oiarso* (Oyarzun), *Araceli* (Huarte Araquil), *Gracchurris* (Alfaro), *Calagurris* (Calahorra), *Cascantum* (Cascante), etcétera. Según Ptolomeo, los vascones llegaban en el Alto Aragón hasta Jaca, cuya ciudad les pertenecía. Conviene advertir que más allá de los vascones, en territorio catalán, persistían también algunas tribus, descendientes del pueblo de la cultura pirenaica, como los ausetanos. Aludiendo a la raíz *auso* de este nombre y del de los ausoceretes, dice Bosch-Gimpera: «esta raíz parece pertenecer a un estrato filológico muy primitivo de las regiones pirenaicas e interviene en diferentes nombres étnicos en relación con

los pueblos pirenaicos que son aquí los indígenas, y así se encuentran los *ausci* al S. de Francia, y esta raíz es propiamente la de los nombres de los éuscáros o vascos» (p. 399).

Los vascones, por sus más importantes contactos con los romanos, llegaron a ser el pueblo más conocido y característico de los grupos vascos, y su nombre fué generalizado y aplicado a todos. Ellos fueron los primeros conocidos: aparecen citados por primera vez en los textos figurando como amigos de los romanos, con motivo de las guerras de Sertorio, en cuya época llegaban hasta Calagurris.

Los *várdulos* ocupaban una zona al occidente de los vascones. En su territorio estaban enclavadas, según Ptolomeo, las ciudades de *Tritium Tuboricum* (Motrico), *Tullonium* (Alegría de Dulanci), *Alba* (Albaiz o Albéniz cerca de Araya). Su divisoria con los vecinos occidentales, los caristios, estaba en el valle del Deva, coincidiendo en parte con los límites de los dialectos vascos guipuzcoano y vizcaíno, y continuaba por el puerto de Arlabán y por la llanada de Vitoria, entre *Tullonium* de los várdulos y *Suessatium* y *Veleia* de los caristios, «llegando a los montes de Treviño, cuyo nombre antiguo *Trifinium* se refiere, sin duda, a la frontera de los tres pueblos que en él coincidían, a saber: autrigones, caristios y várdulos» (p. 607).

El límite meridional de los várdulos era la sierra de Cantabria que los separaba del grupo céltico de los berones de la Rioja. «Los várdulos, pues, tenían casi toda la actual provincia de Guipúzcoa y la mitad oriental de la llanada de Vitoria donde, un poco al occidente de esta ciudad, comenzaban los caristios con *Veleia* y *Suessatium*» (p. 607).

El territorio de los *caristios* puede apreciarse en parte por la situación de las ciudades que, según Ptolomeo, les pertenecían, a saber: *Suessatium* (Zuazo de Vitoria), *Tullica* (probablemente Tuyo) y *Veleia* (Iruña). Además, Ptolomeo les hace llegar hasta la desembocadura del Deva. Teniendo en cuenta tales datos, más la situación de las ciudades atribuidas a los autrigones instalados al W. de los caristios, puede decirse que los límites occidentales de estos últimos estaban señalados por el río Nervion, Peña de Orduña y sierra de Arcamo; y los meridionales pasaban por el N. del valle de Miranda, llegando a Treviño, donde coincidían, como hemos dicho, los autrigones, los caristios y los várdulos.

Los *autrigones* ocupaban en la costa el territorio comprendido

entre la desembocadura del Nervión (1) y Santoña, y su extensión hacia el interior era muy considerable. A ellos pertenecían el *Portus Amannus* llamado también *Flaviobriga* (Castro Urdiales? Bilbao?) y las ciudades de *Uxama Barca* (Osma de Valdegovia), *Deobriga* (a la derecha del Ebro, frente a Puentelarrá), y más allá *Segisamunculum* (Cerezo de Río Tirón), *Tritium* (Monasterio de Rodilla), *Vindeleia* (Santa María de Rivarredonda), *Virobesca* (Briviesca) y *Salionca* (Poza de la Sal, quizá Salas de Ardanza). Ocupaban, pues, la Bureva hasta los montes de Oca (límite de los autrigones y de los turmódicos), la región de Villarcayo donde estaba *Segontia Paramica* (Cigüenza del Páramo) y las Encartaciones. El río Asón, límite del dialecto leonés moderno, marcaba probablemente una parte de la frontera occidental de los autrigones. Al otro lado estaban los cántabros.

Muchas de las localizaciones de las ciudades, ríos, etcétera, que acabamos de citar están ciertamente lejos de ser definitivas y no hay que darles más que un valor puramente conjetural. A este respecto nos parece de gran utilidad la reciente obra de don Arturo Campión: *Orígenes del pueblo euskaldún* (segunda parte, cap. II, pág. 37-105. Pamplona 1931). Una prueba de la inseguridad de estas localizaciones nos la da el mismo Bosch-Gimpera, que en la página 132 de la obra que comentamos atribuye a los caristios «*Tritium Tuboricum*», y en la 607 se lo adjudica a los várdulos.

El carácter vasco de los grupos de que estamos tratando, al menos de los vascones, várdulos y caristios, parece indiscutible, puesto que sus territorios se hallan en una zona en que la lengua vasca está o ha estado fuertemente arraigada. Ya en tiempos prehistóricos, durante la expansión de la cultura aria, las diferencias dialectales del vascuence, que responden a la diversidad y al aislamiento de los grupos y regiones, hallábanse dibujadas probablemente como hoy. Ciertas concepciones arias o indoeuropeas antiguas, relativas a la mitología solar, al rayo, etc., al pasar a la cultura vasca, adoptaron, según las localidades, diferentes vocablos o modos de expresión (*eguen=ostegun; eguakitz=ostiral; oneztañi=tximistañi*). Mas, a pesar de las diferencias de forma y de estructura, el significado etimológico de tales vocablos concuerda al parecer, con el sentido primitivo indoeuropeo. Lo cual denota que esa diversificación de nombres se había efectuado en una época en que todavía su significado inicial no se había borrado de la con-

(1) Dice MELA: *per autrigones et origeviones quosdam Nerva descendit.*

ciencia del pueblo, época verosímilmente anterior a las conquistas de Roma. El hecho de que las áreas de difusión de tales nombres tengan sus fronteras coincidiendo con las de los dialectos vizcaíno y guipuzcoano, parece revelar que éstos se habían formado ya para aquella época. Casos análogos podrían citarse de otros dialectos vascos.

Se ha discutido mucho acerca de si eran o no de estirpe vasca los autrigones. Puede afirmarse que lo eran, con bastante probabilidad. Desde luego, en una extensa zona de su territorio ha estado arraigada la lengua vasca, según lo demuestra la toponimia de las Encartaciones y de varias comarcas de la provincia de Burgos. Por otra parte, la enemistad de los autrigones y de los cántabros (pueblo ibero), origen de la guerra cantábrica, hace improbable el carácter ibérico de aquellos y probable su afinidad con los grupos vascos. En cambio, la celtización de los autrigones debió ser bastante intensa, a juzgar por los muchos nombres célticos que se conocen en su territorio. Tales son: *Deobriga* (*Devobriga* =castillo de los dioses), *Vindeleia* (de *vindel*, derivado de *vindo* =blanco), *Segisamunculum* (de *Segisama*, que viene de *sego* =acto de vencer, triunfar, y *ama*, también céltico), *Segontia Paramica* formado con la misma raíz céltica *sego*, y, según algunos, *Uxama Barca*. Creemos, sin embargo, que *Uxama* podría tener con el vasco tanta afinidad como con el céltico. La terminación *ama* es frecuente en la toponimia vasca, como en *Zegama*, *Beizama*, *Arama*, *Aldama*, *Arakama*, *Lezama*, *Ulzama*, etc. La arqueología confirma las sugerencias de la toponimia en el territorio autrigón, como ocurre, por ejemplo, en la *Bureva*, de donde conocemos diversos hallazgos de objetos posthallstáticos, además de la necrópolis céltica de *Miraveche* cerca de *Vindeleia*.

Las influencias célticas se hicieron sentir también en otros grupos vascos. Cerca de Pamplona, al comienzo de los caminos que bajan hacia Estella y la Rioja, se encuentra la necrópolis posthallstática de *Echauri*. A esta referencia al yacimiento céltico de *Echauri*, que Bosch-Gimpera cita varias veces en su obra, hay que añadir que al S. de Vitoria, en lo alto de la colina llamada *Kützemendi* o castillo de Olárizu, existe un poblado antiguo semejante a los castros celtibéricos de Soria y Logroño, donde abunda la cerámica grosera con cordones y con impresiones digitales en relieve, pesas de telar de barro cocido provistas de dos orificios de suspensión, etc. También había un estrato con objetos de carácter

céltico (fibulas, cierres de cinturón, etc) en un yacimiento arqueológico próximo a Vitoria, situado al pie de la colina llamada *Mendizabal* en el cruce de los caminos de Lasarte y Salvatierrabide.

El señor Bosch-Gimpera considera como un indicio de influencia céltica el nombre de la ciudad caristia *Suessatium* que compara con el pueblo de los Suessiones de Soissons de Galia. Si *Suessatium* corresponde al actual Zuazo, como sostiene Bosch-Gimpera, creo que sería más acertado referir ese nombre a la toponimia vasca y no a la céltica. Entre los nombres de lugar vascos no es raro el de *Zuazo* u otro equivalente. Así, además de *Zuazo* de Vitoria, donde parece que estuvo *Suessatium*, hay en Alava *Zuazo* de San Millán, *Zuazo* de Gamboa, *Zuazo* de Cuartango, *Zuazo* (monte), *Zuazobaso*, *Zuázola*, *Zuaza*; en Vizcaya, *Zuazo* (barrio), *Zuaza* (valle), *Zuazola* (ferrería), *Zuazua* (apellido), *Zuazagoitia* (apellido); en Guipúzcoa, *Suaso* (monte), *Zuazola* (molino), *Suasua* (apellido), *Zuaznabar* (apellido); en Navarra, *Zuazu* de Araquil, *Zuazu* de Izagaondoa, *Suacho* (monte); en Benabarre, *Suhescun*, etc. Esta abundancia del nombre *Zuazo* en la toponimia del país vasco y su sabor marcadamente euskérico constituyen, a mi juicio, razón bastante para que haya de buscarse su origen y significado en el vascuence y no en otra lengua.

Con todo, parece indudable la parcial celtización de la zona meridional del territorio de los autrigones y caristios, lo que ha hecho pensar al señor Bosch-Gimpera «que en un tiempo debió estar dominado por celtas no sólo el camino de la Rioja a Burgos, sino también el de Pamplona-Vitoria-Pancorbo-Bureva. (p. 521). Esta conclusión ha sido adoptada, principalmente teniendo en cuenta los nombres de ciertas ciudades y posiciones estratégicas, como *Deobriga*, que parece señalar una estación militar. Por mi parte creo que ni los hallazgos de Echauri, ni el nombre de *Suessatium* (aun suponiéndolo céltico), ni las influencias célticas que he señalado en los yacimientos de *Salvatierrabide* y de *Kûtzemendi* postulan un dominio político o militar. En dos pueblos vecinos, como los vascos y los berones, por ejemplo, hay siempre intercambios o corrientes de convección que, con el tiempo, dan por resultado la comunidad de ciertos elementos industriales y aun de lenguaje. Pero solo esto no nos autorizaría a pensar en el dominio de un grupo sobre el otro, y mucho menos (y es también de igual parecer Bosch-Gimpera) en la identidad étnica o cultural de ambos pueblos. El eibarrés, que habla la lengua de Cervantes olvidando

la de sus antepasados, es ciertamente menos vasco, pero no es castellano; y aunque adopte en su industria los mismos procedimientos que los de las fabricas Krupp, no por eso es alemán.

* *
*

Los ligures.— La teoría ligura, que pretende que el occidente de Europa, incluyendo la Península Ibérica, estuvo habitada antes de los celtas y de iberos por un pueblo único, el de los ligures, ha sido sostenida en diversas ocasiones, particularmente por D'Arbois de Jubainville, Camille Jullian y Adolfo Schulten. El señor Bosch-Gimpera, atendiendo a la diversidad de pueblos que habitaban en la Península y aún en otros países del occidente europeo antes de los celtas y de los iberos, cree que el hecho de comprender a todos bajo la denominación común de ligures, como lo hicieron algunos escritores griegos, es un caso de generalización sin ningún contenido real. Es como si nosotros pretendiéramos dar un contenido étnico a la palabra «nórdico. que aplicamos a los ingleses, a los suecos y a los fineses. De todo lo cual se desprende una conclusión importante para el estudio de nuestras antigüedades, es decir, que no tiene sentido hablar de la lengua y del pueblo vascos como de una mezcla de elementos ligures e ibéricos, como pretenden algunos.

* *
*

La obra de Bosch-Gimpera, llena de documentación de primera mano, fruto en parte de las investigaciones personales del autor, es una visión amplia de los pueblos y culturas antiguas de la Península Ibérica. Muchas de sus conclusiones nos parecen definitivas; otras, discutibles. Ya hemos hecho nuestras observaciones en su lugar correspondiente. Capítulos hay que dan la impresión de una urdidumbre de hipótesis, ingeniosamente concebidas y trabadas. Pero, en general, sus sugerencias son las más seguras, las que se hallan mejor apuntaladas.

En cuanto a los problemas relativos al pueblo vasco, creemos sinceramente, que las soluciones apuntadas por Bosch-Gimpera son las más sólidamente establecidas hasta hoy.

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARAN.